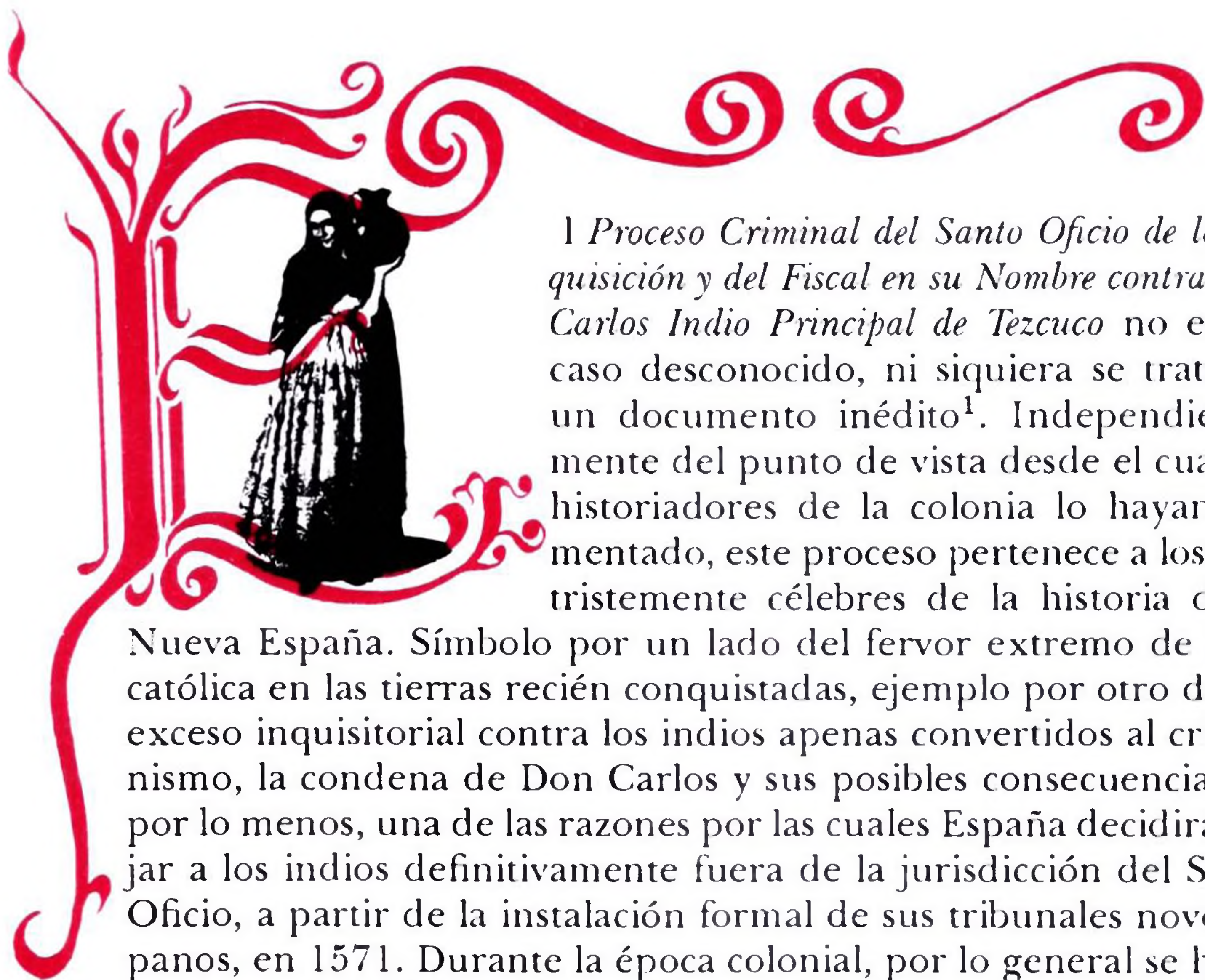




“QUIENES SON ESTOS QUE NOS
DESHACEN Y PERTURBAN”
EL PROBLEMA DEL OTRO
ANTE LA TRADICIÓN

SILVIA PAPPE



l *Proceso Criminal del Santo Oficio de la Inquisición y del Fiscal en su Nombre contra Don Carlos Indio Principal de Tezcuco* no es un caso desconocido, ni siquiera se trata de un documento inédito¹. Independientemente del punto de vista desde el cual los historiadores de la colonia lo hayan comentado, este proceso pertenece a los más tristemente célebres de la historia de la

Nueva España. Símbolo por un lado del fervor extremo de la fe católica en las tierras recién conquistadas, ejemplo por otro de un exceso inquisitorial contra los indios apenas convertidos al cristianismo, la condena de Don Carlos y sus posibles consecuencias es, por lo menos, una de las razones por las cuales España decidirá dejar a los indios definitivamente fuera de la jurisdicción del Santo Oficio, a partir de la instalación formal de sus tribunales novohispanos, en 1571. Durante la época colonial, por lo general se había mencionado a Don Carlos como idólatra y el proceso se prestaba, como en su tiempo, para condenar la idolatría en casos graves de sacrificios. Luis González Obregón recuerda en 1910, en su preliminar al caso, que García Icazbalceta hablaba incluso –y sin conocimiento real del proceso– de lo abominable que eran los sacrificios humanos, opinión que se solía repetir con cierta insistencia.

...el delito del Cacique pasaba mucho de idolatría disculpable en un converso, y era digno de la pena capital, si no por la Inquisición en la hoguera, á lo menos por la autoridad civil en la horca. Diez y nueve años después de la conquista, nadie podía ignorar, y menos un Señor de Tetzco, que los sacrificios humanos eran asesinatos y que habían de ser severamente castigados sus autores.²

Apenas con la publicación del caso, en ocasión al primer centenario de la Independencia, cambia el enfoque, cuando el propio Luis González Obregón señala en su introducción algunos de los puntos más característicos de las discusiones acerca del proceso. Tampoco él cuestiona a fondo la calidad moral de los inquisidores o testigos, ni deja surgir demasiadas dudas acerca de la pertinencia del proceso en sí. En una nota a pie de página, sin embargo, se habla por primera vez de que al parecer el señor Zumárraga –Inquisidor Apostólico de 1535 a 1543 e inquisidor en el proceso contra Don Carlos– “se extralimitó [...] en sus facultades”, a causa de una cédula que ya en 1538, es decir un año antes del proceso, dejaba las causas de fe de los indios en el Ordinario, o dicho de otro modo, bajo la jurisdicción no especial.³ El historiador además acusa ciertas características e incluso irregularidades del proceso, como

sus delaciones, su examen minucioso de testigos, sus amenazas a los que encubriesen delitos semejantes, confiscación de bienes, declaraciones de hijos, esposas y otros deudos, simulacros de defensas, exageraciones en los capítulos de la acusación fiscal.⁴

Fiel a las circunstancias históricas que acompañan esta primera publicación, González Obregón resulta ser el primer historiador en resaltar los rasgos independistas que caracterizan el discurso del acusado Don Carlos:

¡Grito doloroso é impotente, digno de la altivez y rebeldía del representante de una raza desgraciada y muerta, sólo redimido por él de la potestad del Santo Oficio; pero grito que resuena bien en estos instantes en que toda la Nación hace la apoteosis de los que iniciaron nuestra independencia.⁵

Sin haber sido estudiado a fondo, el caso se ha convertido en símbolo: de los esfuerzos españoles contra la idolatría de los indios, durante la colonia; y de los esfuerzos indígenas por mantener una cierta independencia; finalmente, después de consumada la independencia de México, de la crueldad inquisitorial en la Nueva España –pero siempre de acuerdo a la ideología reinante en las diferentes épocas en las que el proceso ha encontrado interés.

En esta ocasión nos interesa penetrar un poco más allá de la superficie del proceso y de los símbolos en él creados. Queremos comparar dos amplias realidades, la de Don Carlos Chichimecateatl, y la de los españoles conquistadores y colonizadores de la Nueva España (contando entre este grupo también hasta cierto grado a los indios que al parecer ya habían aceptado su sometimiento), revisando algunos elementos de la visión del mundo y de las pretensiones de cada una de las partes.

El proceso presenta, a causa de la conquista, un desequilibrio inicial: conceptos indígenas son juzgados por españoles, de acuerdo a las leyes y en un aparato de justicia españoles, con el objetivo adicional de afianzar precisamente las nuevas formas de vida impuestas por medio de esta misma legalidad unilateral. Situaciones antagónicas se enfrentan: para los españoles, quienes pretenden implantar su manera de pensar y actuar, el caso de Don Carlos manifiesta una situación excepcional, mientras que para Don Carlos lo excepcional es la vida impuesta por los conquistadores que impiden seguir toda la tradición que él conoce y que pesa mucho más para él que los años de (re)educación cristiana en casa del conquistador Cortés. Cuando se queja de los invasores, de quien “no es nuestro pariente ni nuestra sangre, y también se nos iguala”,⁶ pretende terminar con el estado excepcional para reinstalar las tradiciones propias, y reconstruir la vida cotidiana indígena transmitida de generación en generación.

La misma situación de excepcionalidad que presenta el proceso inquisitorial a su vez, ciertamente no nos permite un enfoque que analice la vida cotidiana a escasas dos décadas de la conquista. No obstante, nos permitirá considerar la relatividad de ciertas normas

de lo cotidiano, y de estados excepcionales que resaltan. Para los españoles resulta herejía lo que Don Carlos considera norma, costumbres con una clara razón de ser; por otra parte, lo que escandaliza a los españoles (y junto con ellos, a los indios que sirven de delatores y testigos contra Don Carlos), nos da la oportunidad de reconocer los límites de las nuevas normas sociales y culturales en los primeros años posteriores a la conquista: los vencedores pretenden establecer una cotidianeidad unívoca, una estabilidad social que no deje lugar a dudas y que, al excluir todo margen de tolerancia, integre a los contrarios, a los vencidos. En juego está nada menos que el poder. Esta nueva estabilidad cotidiana se pretende dar a través de las dos estructuras de mayor estabilidad que conoce España en este momento, tratándose precisamente de instancias especiales, no cotidianas: la Iglesia en el plano educativo, y la Inquisición como aparato de control.

Pero recordemos primero el proceso: los hechos no son desconocidos, en junio de 1539, Don Carlos de Tetzco, nieto de Nezahualcóyotl e hijo de Nezahualpilli, es denunciado al Santo Oficio de la Inquisición, a raíz de un discurso dirigido a indios principales, entre ellos familiares suyos, quienes bajo la administración española de conquistadores y religiosos, tienen el cargo de “señores” en diferentes pueblos indios alrededor de México-Tenochtitlán. En su discurso, Don Carlos quien se denomina a sí mismo Chichimecatecatl, se opone a la imposición de los españoles recién llegados; les prohíbe a sus familiares seguir propagando la fe católica entre los indios, denuncia ciertas contradicciones en el comportamiento de los españoles, insiste en el derecho de seguir las costumbres propias, y concluye con la importancia de recuperar la soberanía sobre tierras, pueblos y tradiciones, todo ello usurpado y destruido por los extranjeros.

La denuncia basta para que Don Carlos sea encarcelado y sus bienes confiscados; se encamina el “proceso criminal” a través del interrogatorio de testigos por parte del Santo Oficio. Al confiscar los bienes del denunciado, se encuentran en los muros de una de sus casas (no habitada por él) altares e ídolos, lo cual da pie

a una amplia investigación acerca de posibles actos de idolatría por parte de Don Carlos. La Inquisición descubre ciertas prácticas entre los indios, incluyendo ritos religiosos con sacrificios menores; sin embargo, ninguno de los testigos implica directamente a Don Carlos en cualquiera de estos hechos idolátricos. Otro factor más que tendrá importancia, aunque menor, en el proceso, es el descubrimiento del hecho (por demás bien conocido entre los indios) de que el Señor de Tetzco, antes de casarse, vivía con una sobrina suya con la cual tuvo incluso dos hijas.

Al interrogatorio de testigos y las diversas investigaciones, sigue la acusación; se designa un defensor que de hecho no logrará concretar ninguna defensa real, y el proceso termina en que el Santo Oficio relaja a Don Carlos al brazo secular, es decir, se le condena a la muerte. El señor de Tetzco muere en la hoguera a escasos seis meses de la primera denuncia, por “hereje domatizador”.

Son varios los puntos que queremos destacar en este proceso, con el objetivo de comprender su trascendencia no sólo en el contexto en que se ha integrado hasta ahora, sino para reconocer de qué forma las dos realidades que mencionamos, se enfrentan, y cuáles son las pretensiones que cada lado, acusado y acusador-juez, formulan.

Clave del proceso es el propio denunciado, Don Carlos Chichimecateatl, señor de Tetzco. Educado después de la conquista en casa de Hernán Cortés, parecía durante años el ejemplo del “nuevo indio”, cristianizado y educado, que bajo la administración española y la guía espiritual de los religiosos continuara como “señor” de su propia gente. El hecho de que precisamente este indio modelo quiera volver a lo antiguo, y que a través del proceso contra él se encuentren tantos residuos de la antigua cultura (en las relaciones sociales, las familiares, en las prácticas religiosas, las costumbres, las fiestas), rompe de manera definitiva con la utopía de algunos españoles, sobre todo de los franciscanos (de por sí atacados por quienes representan intereses más terrenales) quienes pretendían crear en la Nueva España una sociedad perfecta de indios

cristianos, sencillos y sin mal, idealizados con ayuda de los propios frailes. Así se explica, en principio, también la dureza y la prisa que llevan al Inquisidor Apostólico Zumárraga, a formar un proceso casi sumario donde se condena a muerte al acusado.

Cuando Riva Palacio menciona todavía en el siglo XIX que “Fray Juan de Zumárraga no cuidó o no creyó prudente establecer aún en México la Inquisición”, pasa por alto hechos muy concretos. Zumárraga no sólo es designado “Inquisidor Apostólico contra la herejía pravedad é apostasia en esta dicha cibdad y en todo su obispado” como dice el auto cabeza del proceso contra Don Carlos, sino que de hecho toma muy en serio su tarea de inquisidor. Recibe el cargo por orden del inquisidor general de 27 de junio de 1535, y su periodo como inquisidor termina con el nombramiento del Visitador Don Francisco Tello de Sandoval en 1543. En estos ocho años, Zumárraga forma 131 procesos, de los cuales 13 contra indios, pese a la cédula del 18 de octubre de 1538 arriba mencionada. La ley en que quedó incluida la prohibición de juzgar a los indios dentro de la Inquisición, dispone lo siguiente:

Item, se os advierte que por virtud de nuestros poderes no habeis de proceder contra los indios del dicho vuestro distrito, porque, por ahora, hasta que otra cosa se os ordene, es nuestra voluntad que sólo useis de ellos contra los cristianos viejos y sus descendientes y las otras personas contra quien en estos reinos de España se suele proceder; y en los casos de que conociereis ireis con toda templanza y suavidad y con mucha consideración, porque así conviene que se haga, de manera que la Inquisición sea muy temida y respetada y no se dé ocasión para que con razón se le pueda tener odio.⁷

No sólo Don Carlos, sino también otros indios sujetos a proceso en los años 1539 a 1547⁸ hubieran quedado fuera de la jurisdicción inquisitorial.

No puede haber una institución que juzgue y castigue comportamientos equivocados, transgresiones a las normas, a menos de que haya otra institución, educativa, que en principio evite la necesidad de castigar esta clase de infracciones. Si a partir del establecimiento definitivo de la Inquisición en la Nueva España, se

excluirá a los indios de la jurisdicción inquisitorial, esto tendrá que ver, no al último, con quienes juzgaron, en su momento, el proceso contra Don Carlos que fue considerado excesivo incluso por los inquisidores en España.

Fray Juan de Zumárraga [. . .] formó proceso á un indio señor principal de Tetzoco, probablemente nieto del rey Netzahualcóyotl, á quien hizo quemar vivo, valiéndole este acto bárbaro una reprensión del inquisidor mayor de España, pues estaba muy encargado por las disposiciones reales y por las constituciones del Santo Oficio, que no se ejerciera rigor con cristianos nuevos por no causarles espanto y por sus pocos conocimientos aun en la fe de Jesucristo y en las doctrinas de la Iglesia.⁹

El proceso mismo depende, también, del valor que se le otorga al indio, precisamente por aquellos que pretenden formar y educarlo, respectivamente por aquellos grupos contrarios que se oponen a una posible “integración” del indio en la sociedad colonial. Jurídicamente, los valores otorgados a los indios están mal definidos por los conceptos contradictorios que existen en la Europa de la época. Predominan las discusiones acerca de la calidad humana de los seres recién “descubiertos”, y la pregunta central es si la condición de no cristianos permita tratarlos dentro del concepto de derecho natural entendido como derecho cristiano. Tampoco queda muy clara aún la aplicación del derecho civil, sobre todo en el caso de culturas altamente estructuradas que cuentan con su propio cuerpo legislativo y jurídico, como es el caso de las sociedades del altiplano mexicano. En los primeros años posteriores a la conquista, son sobre todo intereses muy concretos de los diferentes grupos los que influyen en los argumentos a favor o en contra de una u otra teoría. No menos ardientes son las discusiones derivadas de las primeras, acerca de la educación que se les quiere dar o no a los indios: las formas de evangelización en primer lugar, y una posible educación superior para los hijos de los indios principales, en segundo. Antonio Garrido Aranda señala la tendencia generalizada de la evangelización, que consiste en provocar una ruptura con el pasado, a través de la destrucción de templos e ídolos, es decir, del aniquilamiento

sistemático de las representaciones plásticas, símbolos de la fe.¹⁰ A esta ruptura seguían los bautizos en masa, construyendo una “fe en masa”: las imágenes plásticas rápidamente destruidas, eran sustituidas de manera igualmente precipitada, por los elementos más atractivos de la nueva religión, como son ceremonias, música, la construcción de capillas y representaciones de la cruz. Sólo más adelante habrá “autocrítica dentro de la propia orden [de los franciscanos], por la precipitación de las conversiones, que reflejaba lo epidérmico de esta cristianización, que partía de la *nada*, para inculcar a los indios una fe que *nada* podía significarles”.¹¹

Las órdenes religiosas, únicas organizaciones suficientemente estructuradas para tal tarea, son las encargadas de la conquista espiritual. Convencen, en un principio por contraste a la labor devastadora de los conquistadores, cuyos efectos estaban a la vista de todos. Son también las primeras en mostrar cierto interés por las culturas indígenas y hasta discuten con algunos sacerdotes y ancianos sabios, varios temas religiosos, con el afán de convencerlos.¹² Su tarea fundamental, sin embargo, es la evangelización a varios niveles: por medio de los niños, entre los cuales los hijos de los indios principales jugarán un papel especial. Utilizados para enseñar la doctrina aprendida a los demás indios, los mismos niños sirven a la vez de espías. Informan a los frailes acerca de aquellos indios que no van a misa o que no saben rezar debidamente y aprenden así, junto con la doctrina cristiana, la desconfianza, la denuncia de su propia gente como parte de la nueva religión –un elemento que hay que recordar al revisar el proceso contra Don Carlos.

Cada orden tiene, aparte, sus propios métodos de evangelización; importante es, para nuestro contexto, la actitud generalizada de un fuerte paternalismo hacia los indios, quienes son tratados generalmente como menores de edad. Un pequeño grupo solamente, los hijos de los principales, gozan de una educación más profunda en los colegios. En ellos se pretende implantar un cristianismo más auténtico y, en un principio, los religiosos proponen incluso la creación de cuadros indígenas para apoyar la evangeli-

zación de las masas, así como la formación de intérpretes de náhuatl que acompañaran a los frailes españoles.

Menos de veinte años después de la conquista de Tenochtitlán, surge la primera autocrítica, afloran las primeras dudas incluso en aquellos que siempre habían estado a favor de una educación superior. Los resultados hasta ahora logrados parecen superficiales y carecen de la veracidad que se había pretendido. El posible clero indígena se frustra, ya que al salir de los colegios, muchos de los jóvenes indígenas se casan o se dispersan. El propio Zumárraga cambia de parecer acerca de la educación superior, sobre todo a partir de la ejecución de Don Carlos. Los frailes tienen que aceptar que los elementos rituales, e incluso el ejemplo de su propio comportamiento personal, pierden de atractivo, y una gran cantidad de indios, superficialmente convertidos al cristianismo, vuelven a su antigua fe. Los proyectos utópicos acerca de la nueva sociedad decaen rápidamente, la idea de formar indios para asistir en la evangelización se reduce cada vez más y el problema llega a su culminación al prohibirse la ordenación de indígenas, en el primer concilio mexicano en 1555.

Quisiera entender este cuadro general que de ninguna manera pretende ser completo, pero que apunta ya algunos de los problemas a enfocar, como base para las siguientes consideraciones.



Don Carlos el personaje

No es mucho lo que se sabe acerca de Don Carlos Chichimecatecatl o Chichimecatecuhtli:

preguntado, de dónde es natural: dixo, que de Texcuco, porque de allí fueron sus antepasados;

preguntado, de qué casta ó generación es: dixo, que es de noble generación, que descende de los caciques de Tezcucó y es hermano de Don Pedro, señor de Tezcucó, que murió agora poco há.¹³

Sus antepasados son, según dice él mismo en el discurso por el cual es delatado a la Inquisición, nada menos que Nezahualpilli (su padre) y Nezahualcóyotl (su abuelo). Interrogado, declara haber sido bautizado hace unos quince años, es decir en 1524, por el padre Fray Juan (difunto) en el pueblo de Tetzucó, y haberse casado por 1535. Confiesa haber tenido, antes de casarse, durante un tiempo, como manceba a una sobrina, con la cual tuvo dos hijas, una de las cuales se murió. A esta sobrina la sigue viendo, en ocasiones, aún después de haberse casado. Otros hijos no se le conocen –fuera del dato extraño de que el fiscal de la Inquisición presenta como testigo a “un muchacho que dixieron ser hijo del dicho Don Carlos, pero que por su aspecto parecía ser de edad de diez ó once años. . .”¹⁴ El hermano de Don Carlos, Don Pedro, fue señor de Tetzucó, y Don Carlos se considera, de acuerdo a las costumbres, su legítimo sucesor:

Si el señor no tenía hijos o nietos o no eran para ello, sucedía en el señorío el hermano, e iba por elección en saliendo la sucesión de hijos o nietos, porque de éstos el señor nombraba el que le había de suceder, como se ha dicho, y de los hermanos elegían el que era más bastante.¹⁵

De acuerdo al testimonio de la viuda del hermano difunto, señor de Tetzucó, y de sus sirvientas, Don Carlos penetró en varias ocasiones y de noche en su casa y “se quería echar con ella y que bien lo podía hacer por que él era pariente de ella. . .”,¹⁶ como según ellas había declarado el propio Don Carlos, siguiendo así una de las costumbres prehispánicas vedadas y perseguidas por la moral cristiana. Entre sus parientes cercanos hay, además, varios señores, ya fuera de la importancia del de Tacuba, antiguo aliado de Tetzucó, ya fuera de pueblos que quedaban bajo la jurisdicción (india) de Tetzucó:

. . .aquí estoy yo y allí está el señor de México, Yoanizi, y allí está mi sobrino Tezapili, señor de Tacuba, y allí está Tlcahuepantli, señor de Tula. . .¹⁷

El “hermano Don Alonso”, de hecho el esposo de la hermana de Don Carlos, Doña María, es el señor del pueblo de Chiconautla, razón de preocupaciones de Don Carlos, a causa de los hijos varones Tomás y Diego, quienes están, por ser niños, ya muy adelantados en las doctrinas cristianas enseñadas por los padres religiosos. Lo que es razón de orgullo para Don Alonso, “como tenía este testigo á su hijo Tomás en la iglesia de Dios, y que Fray Pedro su maestro se lo había loado mucho é que merecía mucho”,¹⁸ para Don Carlos es motivo de enojarse profundamente, e incluso llega al extremo de proponer que “bien te parece, matemos á ese tu hijo Tomás, pues te parece bien”.¹⁹

Tenemos también algunos datos acerca de la propia educación de Don Carlos: es uno de los niños de señores principales, que fueron educados por españoles, en este caso en casa del propio Hernán Cortés. La diferencia entre él y niños como sus sobrinos, educados ya enteramente bajo la supervisión de los españoles o directamente por ellos, está en que él aún tuvo, de niño, una educación dentro de la sociedad prehispánica, donde seguramente se le empezaba a preparar para sus posibles tareas, en una posición social y con responsabilidades políticas determinadas.

yo también viví y me crié en la iglesia de Dios, pero no por eso hago lo que vos é otros, sino goardo la ley de mis antepasados, y esta sola sigámos é goardemos y no otra cosa. . .²⁰

Por último, es importante señalar que Don Carlos parece haber pertenecido a la primera generación de estudiantes indios del Colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco, es decir, los españoles lo deben haber visto como uno de los primeros indios ejemplares, educados por los frailes, inteligente y apto para asimilar supuestamente toda la cultura española y cristiana; pilar de la nueva sociedad novohispana, estaba destinado a ser maestro de los propios indios que se habían de evangelizar y “civilizar”.

Ya más allá de los simples datos biográficos que podemos reunir acerca de Don Carlos, de mayor trascendencia es lo que el propio señor de Tetzcocho piensa acerca de sí mismo como personaje histórico, el valor que él mismo se da –que es el valor del indio por el cual los españoles jamás preguntan al juzgar ellos mismos su pertenencia histórica. El primer indicio nos lo da la denominación que la Inquisición confunde con el “nombre” indígena de Don Carlos: Chichimecatecuhtli. Se trata, como observa González Obregón en su preliminar, del “título que se daban los señores de Tetzcocho”, basándose en la información de Pomar, Sahagún y Suárez de Peralta.²¹ El propio Nezahualcóyotl había usado el título de Acolhua-Chichimecatecuhtli, y no es de extrañarse que Don Carlos, que tanto alude a su antepasado directo, retome en parte el título que aquel había usado. Con Chichimecatecuhtli, no sólo se denomina al “señor de los chichimecas”, sino que se alude a toda una tradición. López Austin, en un primer trabajo, había definido al Tecuhtli y sus funciones de la siguiente manera: “Gobernante estatal adscrito al *capulli*, con labores administrativas, hacendarias, militares y judiciales”.²² En una propuesta de investigación posterior, el mismo autor apunta el siguiente

valor que pueden tener como indicadores dos tipos organizativos que, pese a su diferente fundamentación, se encontraban estrechamente articulados: el *tecuhcáyotl* y el *tlatocáyotl*, el primero como forma organizativa piramidal, en la que la cohesión se fundaba en la pertenencia a un grupo enlazado por una mítica o real ascendencia común. Carrasco ha sostenido en varias ocasiones que tanto la palabra *capulli* como la palabra *tecuhli* se refieren a unidades sociales (la primera) o a dignidades (la segunda) de muy diversa magnitud. Esto es verdad; pero, ya se trate de una familia extensa, ya de un segmento de la sociedad urbana, ya del conjunto de sociedades que hablan de una misma lengua, siempre el *tecuhli* apoyará su cargo en la fuerza delegada por un mítico antepasado común, muchas veces un epónimo del grupo.

[. . .]

Ni el *tecuhcáyotl* funcionaba como un mero residuo de una forma de organización pretérita, caduca, ni el *tlatocáyotl* había sustituido con sus principios estructurantes una vieja forma de gobierno. Ambos, de principios

opuestos, formaban una unidad: transicional, sí, pero sólida, imbricada, en la que cargos muy importantes recaían en las mismas personas, y en la que los súbditos reales o virtuales eran envueltos por una ambigua ideología en la que se mezclaba la fidelidad al origen (por el *tecuhcáyotl*), y la dependencia nacida por la ocupación de la tierra (por el *tlatocáyotl*).²³

Como se verá en el discurso comentado en seguida, la adhesión de Don Carlos a la tradición del tecuhtli, y no la del tlatoani, es muy clara, ya que la última, basada en la ocupación del territorio, lo hubiera obligado a reconocer el hecho de la conquista y sus consecuencias sociales y políticas. Con la tradición del tecuhtli, inherente además a la tradición de los señores de Tetzcoco, Don Carlos puede proponer una forma social, política y cultural, que pondría a su propia cultura a salvo de los invasores y de sus imposiciones –y de hecho, ésta es su propuesta frente a los señores de Tacuba, Tula, México y los aliados de pueblos de menor importancia que están tradicionalmente obligados a los tres señores principales de México, Tacuba y Tetzcoco.

Por último cabe señalar que la propuesta de salvar la propia cultura, las tradiciones, las costumbres, la vida religiosa sagrada y la cotidiana tan estrechamente ligadas, la hace Don Carlos en la forma de un discurso dirigido a los demás señores, es decir, en la mejor tradición de los señores de Tetzcoco: recordemos la fama de Nezahualcóyotl como uno de los oradores más célebres, iniciador de textos jurídicos, filosóficos y otros, en los cuales se asienta la sociedad texcocana prehispánica. Los propios delatores y testigos reconocen esta tradición:

el dicho Don Carlos, comenzó á hacer una plática segund la costumbre antigua de sus antepasados, encaresciendo mucho lo que les quería decir, y diciéndoles que era cosa grande. . .²⁴

Cuando Fray Juan de Zumárraga, obispo de la Nueva España e Inquisidor Apostólico, interroga al reo del Santo Oficio, Don Carlos Chichimecatecuhtli, éste niega punto por punto el discurso que según sus delatores, testigos y acusadores, ha pronunciado ante un pequeño y selecto auditorio. Niega asimismo haber practicado idolatría y sólo acepta haber “ofendido a Dios en thener mancebas”.²⁵ Sin embargo, el primer denunciante y los testigos interrogados al respecto, coinciden en el contenido e incluso en la forma del mencionado discurso, transmitido a nosotros por medio de las actas de la Inquisición. Si a continuación estudiamos el discurso, será estando conscientes de no enfrentarnos a un texto directo, sino obtenido por medio de varios testigos presenciales y a sabiendas de que el autor del discurso lo niega durante el proceso que se le forma al respecto.

Nos enfrentamos a uno de los pocos testimonios indígenas acerca del proceso de conquista espiritual. Un testimonio nada pasivo que desborda en una fuerte reacción provocada por las actitudes frecuentemente contradictorias de los españoles, y por el comportamiento de aquellos indios que prefieren no darse por enterados de tales contradicciones. Finalmente, la reacción de Don Carlos se dirige en contra de la posición española de discutir unilateralmente, es decir únicamente entre ellos, asuntos que conciernen la realidad desconocida de los conquistados. El posible intercambio de conceptos se reduce así a la confrontación de conceptos europeos que, si bien toman en cuenta todo tipo de filosofías y experiencias, excluyen por principio los conceptos emitidos directamente por los indios, acerca de su propio mundo, su vida cotidiana, sagrada, social, política, cultural. No enunciaremos en esta ocasión las diversas posiciones españolas acerca de la identidad y del valor del indio ni, por otra parte, aquellas acerca del derecho de esclavizar o explotarlo.²⁶ Nos interesan en el presente contexto los conceptos utilizados por Don Carlos en su discurso, sus juicios acerca de los invasores, de quienes se imponen en su mundo ha-

ciendo a un lado lo suyo y a los suyos. En las discusiones entre españoles, el indio siempre es el “otro”, aun para quienes lo defienden o intentan protegerlo ante los abusos de no pocos de los conquistadores, funcionarios, religiosos, etc. En el discurso de Don Carlos, el “otro” es el español, el extranjero que ha llegado, y lo es independientemente de la posición que toma frente al indio. Desde allí, Don Carlos cuestiona por principio el derecho del conquistador a convertirse en señor de los conquistados:

¿quién son estos que nos deshacen y perturban é viven sobre nosotros y les thenemos á cuestas y nos sojuzgan? [. . .]

¿quién viene aquí á mandarnos y apreendernos y á sojuzgarnos? que no es nuestro pariente ni nuestra sangre, y también se nos iguala. . .²⁷

¿quién está entre nosotros que no es nuestro pariente ni nació con nosotros?²⁸

No sólo son razones de tradición que llevan a Don Carlos a no aceptar como señores a quienes no son de su sangre; tiene también razones que podríamos llamar éticas, y que se refieren a la falta de tolerancia de los españoles frente a lo desconocido, a la vez que ostentan fuertes contradicciones en su propio comportamiento.

no véis cuántas maneras de padres hay, que cada uno tiene su manera de vestir y su manera de orar é vivir; los de Sant Francisco de una manera, y los de Santo Domingo de otra, y los de San Agustín de otra, y los clérigos de otra; y así tenían también nuestros antepasados cada uno sus dioses é sus maneras de trajes é sus modos de sacrificar y ofrescer, y aquello hemos de thener é seguir como nuestros antepasados. . .²⁹

Mira que los frayles y clérigos cada uno tiene su manera de penitencia [...] y así mismo era entre los que goardaban á los dioses nuestros, que los de México tenían una manera de vestido, y una manera de orar, é ofreser y ayunar, y en otros pueblos de otra; en cada pueblo tenían su manera de sacrificios, y su manera de orar y de ofrescer, y así lo hacen los frayles y clérigos, que ninguno concierta con otro. . .³⁰

Cuando los españoles buscan similitudes en lo exterior de la vida social y en los ritos religiosos, para facilitar la sustitución del sistema indígena por el español, del pagano por el cristiano, Don

Carlos al contrario ve en la posibilidad de lo variado dentro de la cultura cristiana un margen de tolerancia que podría permitir a su pueblo y a los pueblos indios en general, continuar viviendo su propia realidad, sus propias costumbres.

“Mira por tu casa y entiende en tu hacienda”³¹ recomienda Don Carlos a los demás señores e indios principales, a sus iguales por la sangre, la posición social y la tradición. “No es bueno entender vidas ajenas”, enseñaban los antepasados, quienes “solían estar en su gravedad y retraimiento, sin entender con la gente baxa”.³² Dependiendo de la relación social y familiar que el señor de Tetzcocho mantiene con sus “iguales”, les ordena o recomienda no propagar entre los suyos las doctrinas enseñadas por los frailes, ni obedecer al obispo o al virrey en lo que aquellos dispusieran. En primer lugar, porque eso no es su oficio, y segundo, porque ninguno de ellos tiene, de hecho, necesidad alguna por cambiar sus tradiciones.

¿no te obedecen por ventura los Chiconabtas, no te temen, no tienes de comer é beber? ¿pues qué más quieres? ¿qué andas buscando? bástete ya lo de hasta aquí, no cures de andar más en estas cosas que enseñas, que nuestros padres dixieron que no era bueno entender en vidas ajenas.³³

Si la conquista no les da derecho a los españoles a igualarse o incluso a imponerse a los señores de las tierras conquistadas, tampoco habrán de cambiar sus costumbres, sobre todo no entre los viejos. En el caso de los niños, reconoce el propio Don Carlos, será distinto, ya que ellos, pese a todos los esfuerzos de los viejos por mantener las costumbres y las tradiciones, aprenderán cosas de los españoles. Pero de entrada, la propuesta del señor de Tetzcocho es sencilla desde su propio punto de vista: ningún extranjero tiene derecho de cambiar la vida de los conquistados, ni de sustituir su religión por otra, sus ritos por otros, su educación por otra. Las conquistas, las guerras (perdidas o ganadas) no deben cambiar la estructura interna, la tradición de un pueblo. En este sentido, Don Carlos combina los conceptos de los dos tipos de señores que describe López Austin:

. . .siempre el *tecuhlli* apoyará su cargo en la fuerza delegada por un mítico antepasado, común, muchas veces un epónimo del grupo. El *tlatoani*, en cambio, será el que rige sobre un territorio (continuo o discontinuo) ocupado por una población que suele ser heterogénea. Es el dominio sobre el territorio el que crea el vínculo, no el antepasado común. El *tlatoani* tenochca, o el tetzcocano o el azcapotzalca, tendrán bajo su dominio a hombres que no sólo no tienen por qué reconocerse como próxima o remotamente emparentados sino que hablan diferentes lenguas.³⁴

Estas diferencias, opina Don Carlos, deben permanecer, y la vida cotidiana, en su sentido más amplio (incluyendo ritos, religión, educación, tradiciones, vida social), no debe cambiar.

no es nuestro oficio ni es nuestra ley impedir á nadie lo que quisiera hacer. . .³⁵

que cada uno de su voluntad siga la ley que quiere y costumbres y cerimonias. . .³⁶

más cada uno ha de vivir en su ley que quisiere ó como quisiere. . .³⁷

“ . . .yo he vivido y andado en todas partes, y guardado las palabras de mi padre y mi agiielo. . .”,³⁸ alude Don Carlos con insistencia a las tradiciones que él conoce y guarda y, sobre todo, pretende transmitir a los demás señores, sus iguales. Cuando pretende continuar la vida cotidiana, las costumbres, los ritos religiosos, cae desde el punto de vista del Santo Oficio en herejía abierta, ya que incluso actos aparentemente tan cotidianos como comer y beber, o costumbres interpretadas por los españoles como bigamia, tienen en la sociedad prehispánica connotaciones religiosas. Y cuando se queja de que en los tiempos de los antepasados, “no se asentaban los maceguals en petates ni en equipales”,³⁹ no se trata de una simple falta de respeto hacia los indios principales, ahora que cada quien hace lo que se le antoja, sino de un grave resquebrajamiento de las costumbres de la vida cotidiana tanto como de la sagrada. Las costumbres, el comportamiento ritual con frecuencia están ligados a la estructura social, no en último lugar dentro del contexto de quienes tienen

derecho a llegar a los cargos de señores. Porque no sólo se es señor por herencia, por linaje. “Los méritos y las capacidades personales eran determinantes para la ocupación de los puestos”, apunta López Austin,⁴⁰ y Don Carlos señala que los antepasados, en cuya tradición se inscribe, “no gobernaron este señorío vilmente ni con deshonor, sino como de suyo les venía, y de cepa ser señores naturales de la tierra”.⁴¹ Por lo tanto, los conquistadores con sus imposiciones, contradicciones, costumbres extrañas y sobre todo su falta de tolerancia y respeto frente a los verdaderos señores de estas tierras y estos pueblos, no tienen ninguna base legítima (y menos éticamente legítima) para imponerse ni para romper el sistema social o cambiar las costumbres.

Tzvetan Todorov, al hablar del “problema del otro”, analiza la obra tardía de Las Casas, quien se opone en su *Apologética Historia* con argumentos poco menos que heréticos, a la idea de Sepúlveda acerca de la inferioridad de los pueblos indios de América. El viejo Las Casas, al defender las culturas prehispánicas, incluyendo los sacrificios humanos rituales como parte de las leyes y los ritos religiosos imperantes de una cultura, no sólo logra una primera entrada a las culturas indígenas, al valorarlas con base en sus propias leyes, es decir, no sólo logra un primer acercamiento a la “comprensión” para usar el término de Todorov. Concluye asimismo con una consecuencia inusitada para un español del siglo XVI, al proponer al rey de España, en carta a Fray Bartolomé de Carranza Miranda fechada en agosto de 1555, que se renuncie a las colonias españolas en América. Propone mantener los Estados antiguos, con sus reinos y señoríos, predicando los evangelios, pero sin apoyo de las fuerzas militares españolas. Y, lo que nos interesa en nuestro contexto, recomienda formar una especie de confederación de los señoríos locales, bajo el rey de España, en caso de que los indios deseen tal integración, y de explotar únicamente aquellas riquezas de las tierras conquistadas, ofrecidas por sus legítimos señores.⁴² Si los católicos, explica Todorov, en nombre de la moral cristiana consideran a los indios como sus iguales, y por lo tanto, intentan asimilarlos a la cultura española católica, y si

los protestantes, al marcar las diferencias, se aíslan de las culturas precolombinas, ambas partes niegan la verdadera identidad del “otro”. Dentro del mismo sistema de valores cristianos, Las Casas, en base a San Pablo, da un paso más allá, descubriendo el *perspectivismo* como forma superior del igualitarismo: en lugar de confrontar al “otro” con un ideal unilateral y ajeno a su identidad (el indio visto a través de la moral cristiana), lo acepta dentro de su propio sistema de valores.

Cuando Todorov admira en Las Casas el primer intento por proponer una actitud más relativista de los españoles frente al “otro”, no debemos olvidar que su estudio se centra precisamente en los conceptos españoles, en las posiciones europeas posteriores al descubrimiento y la conquista. Pero si volvemos a nuestro caso inquisitorial, al indio que se enfrenta al “otro” desde su propia cultura, descubrimos que Las Casas propone algo muy parecido a lo que Don Carlos Chichimecatecuhtli recuerda como tradiciones propias: las confederaciones del altiplano mexicano, donde los señores de Tenochtitlán, Tetzaco y Tacuba se consideran y aceptan como iguales, reinando sobre pueblos aledaños de menor importancia, sometiéndolos pero sin quitarles sus características propias, sin cambiar sus estructuras internas, costumbres, religión, ritos, etc.

El carácter “autista” de las discusiones españolas acerca del indio, cerradas a éste y realizadas por encima de él, impide por lo pronto que hubiese una comunicación verdadera que tomara en cuenta los conceptos sobre los cuales están basadas las sociedades indígenas. Don Carlos no es, para los inquisidores, ya ni siquiera el estudiante brillante del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco y mucho menos es el continuador de las tradiciones oratorias jurídico-filosóficas de Tetzaco, llevadas a su esplendor por personalidades tan excelentes como Nezahualcóyotl y Nezahualpilli. Es considerado menos que un rebelde al ser reducido a un simple idólatra que ha ofendido al dios cristiano, teniendo ídolos en una casa suya tomando como manceba a una sobrina, e incitando a otros indios a desobedecer las autoridades eclesiásticas y reales españolas.

El proceso

Con todo y todo, la Inquisición no enfoca el proceso contra Don Carlos al discurso, cuya trascendencia ignorada acabamos de analizar. El discurso no es, ni para Zumárraga ni para el fiscal del Santo Oficio, expresión política y filosófica de una cultura en la cual la tradición, las costumbres y los ritos se encuentran en primer plano, sino que es muestra de algo hábilmente oculto por el o los posibles infractores: idolatría, herejía.

Al interrogar a Don Carlos respecto de su discurso, no pregunta por posibles motivos u objetivos, sino pretenden constatar simples hechos: morales en lo que se refiere a las propuestas del acusado de continuar costumbres familiares (como las relaciones extramaritales, o las relaciones entre familiares cercanos), pasando por encima de la moral cristiana ajena a la vida de los indios; rebeldes en cuanto a la incitación del señor de Tetzco de no obedecer a las autoridades españolas cuando éstas pretendan cambiar las costumbres; o religiosas con respecto a lo dicho por Don Carlos acerca de los valores auténticos de los dioses propios, frente a la falsedad del cristianismo y las contradicciones expresadas por los frailes y clérigos de diversa procedencia.

Pero la herejía no consiste simplemente en lo dicho por Don Carlos, sino en lo que posiblemente haga, en presuntos actos de idolatría, en incitar a otros a la idolatría. Así, después de la denuncia durante la cual uno de los que estaban presentes durante el discurso pronunciado, repite lo dicho por Don Carlos en sus puntos más importantes, la investigación enfoca principalmente la posible idolatría de la cual no se duda. En una de las tantas casas que le pertenecen a Don Carlos, se encuentran ídolos (o partes de ídolos) integrados como "piedras" en los muros de la construcción, con la parte simbólica oculta. Pese a los testimonios que les niegan el carácter de ídolos a estas "piedras" y que coinciden en no haber visto nunca a Don Carlos en actitud de quien adore o venera estos ídolos, la Inquisición considerará el caso como ejemplo claro de idolatría.⁴³ La investigación inquisitorial continúa en esta misma

dirección, y se descubre lo que se ha podido observar casi desde el inicio de la evangelización: los ritos antiguos, aunque prohibidos, perseguidos, castigados y sustituidos por el ceremonial cristiano, continúan vigentes. Se encuentran ídolos y sacrificios menores, enterrados al pie de las cruces cristianas, ritos paganos en lugares apartados, de difícil acceso, cuyo secreto es celosamente guardado por quienes conocen de su existencia.

dixo, que esta cuaresma pasada que agora pasó hicieron buscar á los pies de las cruces, y que en muchas partes hallóse algunas navajas é pedernales como corazones, é otras cosas de sacrificios. . . ⁴⁴

. . .platicaron desciendo que algunas de las cruces que estaban puestas por el campo ó en los caminos, se habían puesto y estaban en lugares donde solían ser altares de idolatrías y que podría ser que allí hobiese algo, é así hicieron cavar á los pies de las cruces, y en algunas de ellas hallaron pedernales, y cuchillos con que sacrificaban, y algunas figuras de piedra, y caxetes, é otras bujerías [sic] de sacrificios. . . ⁴⁵

. . .en una sierra que se dice Tlalocatepetl, que está de Tezcuco 3 leguas, poco más ó menos, vieron salir humo é inviaron á saber lo que era, y que hallaron papeles con sangre fresca, é caracoles, é una piedra chalchihui, é unas mantillejas, y ole, y plumas, é otras cosas de sacrificios. . . ⁴⁶

. . .y entonces este testigo mandó á ciertos indios a guardar en la dicha sierra, para ver quien hacía los dichos sacrificios, y para la dicha goarda repartió por barrios que lo goardasen, por semanas, y habiendo goardado una semana los de Guatinchan, fué otra semana á goardar Chiabtla, los cuales hallaron en la dicha sierra otra camada de papeles con sangre, é ídolos, y copal, é otras muchas cosas de sacrificios recién hecho; que no supieron quién lo había puesto, porque los de Guatinchan acabaron de goardar el Sábado, y los de Chiabtla fueron el Lunes adelante, y el Domingo estuvo sin goardar, y aquel día que no hubo goarda se hicieron los dichos sacrificios. . . ⁴⁷

Así como un grupo de testigos coinciden en cuanto contenido del discurso de Don Carlos, así otro grupo de interrogados acerca de las prácticas idolátricas niegan toda posible involucración o participación de Don Carlos en tales hechos. Es más, o bien confiesan no saber quienes son los culpables de los sacrificios y ritos, o bien se enteran de que son tantos, que mejor se abstienen de denunciar o castigarlos.

Que se averiguó que muchos habían dado en poner aquello, y por ser muchos no los había osado prender; pero si era necesario, él nombraría las personas que supo anduvieron en ello⁴⁸

ofrece uno de los interrogados quien había investigado los sacrificios mencionados.

El fiscal y el inquisidor, en la acusación y la condena respectivamente, entenderán como hecho real la implicación de Don Carlos en esta clase de transgresiones. Generalizan en la persona de Don Carlos todo lo descubierto en las diversas investigaciones; de la misma manera como se le responsabiliza de los ídolos puestos dentro de los muros de su casa, así se le responsabiliza de los actos de idolatría descubiertos en la jurisdicción de Tetzco y los pueblos sujetos a esta ciudad.⁴⁹ Las generalizaciones se convierten de cierto modo en una concentración de culpa en un solo personaje, cuya importancia social, respaldada por la tradición, es innegable.

Desde el punto de vista español, es absolutamente legítimo sospechar detrás del discurso hechos ocultos pero concretos. Se puede tratar, incluso, de una transferencia inconsciente de delito, donde un texto primordialmente político adquiere las características de actos de idolatría, convirtiendo al orador en "hereje dogmatizador". Pese a la admiración por los niveles alcanzados en las culturas mesoamericanas, sobre todo las concentradas alrededor de Tenochtitlán, los españoles no les conceden los mismos valores que los otorgados a la cultura cristiana, precisamente por razones ideológicas basadas en la fe cristiana. Más que el sentido filosófico, político o jurídico, son las costumbres y, entre ellas, las relacionadas con la religión, lo que impactará a los españoles preocupados más adelante por la evangelización. Para imponer modalidades cristianas, hay que derrocar lo pagano en su expresión más visible, y llenar el vacío con las "correspondencias" cristianas. En lugar de templos y pirámides, se erigen iglesias; se colocan cruces en sitios sagrados; ritos son sustituidos por ritos, tradiciones por tradiciones: la evangelización empieza en la lucha de la expresión cotidiana contra la expresión cotidiana (tanto sagrada como laica), en el frente de lo más obvio. Al parecer, los indios aceptan esta sustitución y

pronto se acostumbran a las expresiones nuevas. Aprenden, por otra parte, también a colocar debajo de lo nuevo las tradiciones propias, aprenden a ocultar lo viejo, estableciendo una vida paralela, subterránea, fuera del alcance visual de los españoles. El *shock* producido entre los miembros de la inquisición por un discurso como el de Don Carlos, se ahonda al descubrir que la superficie de la vida cotidiana no es más que precisamente eso: superficie.

Al cambiar en un primer instante únicamente lo exterior (el hecho de que los indios aprendan rápidamente a rezar en latín, no significa que interioricen profundamente la nueva fe), los españoles no toman en cuenta la existencia de una cultura basada profundamente en aspectos religiosos, sociales y familiares estrechamente ligados, y se quedan en la obviedad –error que no comete, curiosamente, el acusado como hereje e idólatra Don Carlos. En su discurso, pronunciado en tiempos de sequía cuando los españoles organizan procesiones para pedir lluvias, él se percata de lo superficial de los ritos no relacionados con una fe profunda.

é como el dicho Don Carlos, vido hacer las dichas procesiones, é que en aquellos días no comían sino pescado, murmuró de ello diciendo que para qué hacían aquello [. . .] pobre de tí, en que andas con estos indios, é qué es esto que haces, piensas que es algo lo que haces [. . .] quieres tú hacer creer á estos lo que los padres predicán é dicen, engañado andas, que eso que los frailes hacen, es su oficio de ellos hacer eso, pero no es nada; ¿qué son las cosas de Dios? no son nada. . . 50

De la misma manera que para los españoles los ritos paganos no son sino ritos, cosas cuyo fondo no entienden, para Don Carlos las ceremonias cristianas son falsas, se trata de mentiras; y enseñarles a los indios, siendo indio, lo que predicán los frailes y padres, es engañarlos, es decir mentiras, ya que no corresponde a la verdadera fe que es la transmitida por los antepasados y las tradiciones.

Valdría la pena reflexionar con más extensión acerca de las razones del encauzamiento del proceso en lo más visible, lo superficial y lo oculto posiblemente debajo de la superficie de las costumbres, de lo cotidiano, es decir, los actos de idolatría, sin

llegar a reconocer el origen profundo de las costumbres sagradas de la población india. Los inquisidores actúan de la misma forma que la mayoría de los evangelizadores, quienes convierten a los indios en masa sin que éstos lleguen a comprender realmente la nueva religión, quedándose en la fase de las formas y los ritos aprendidos. El enfoque de este breve trabajo no permite, sin embargo, sino una observación que creo pertinente: el hecho de no reconocer a las sociedades indígenas como entidades jurídicas propias, puesto que el derecho natural, el de “todos” los pueblos, se basa en la concepción cristiana del mundo y del ser humano, les impide a los españoles también reconocer todo lo existente detrás de las extrañas costumbres observadas y rechazadas frecuentemente de inmediato. Ven adoración de imágenes, sacrificios, ritos incomprensibles, ven idolatría en lugar de religión. Y ya después de haber sustituido formas idólatras y las relaciones sociales y familiares correspondientes, por otras (las “verdaderas”), resulta que todos aquellos quienes aún persisten en las tradiciones propias, no sólo son concebidos como idólatras, sino también como herejes y rebeldes contra la Corona de España, indignos de la libertad del cristiano y sujetables en principio a la esclavitud.⁵¹

Nuevamente, se trata de la imposibilidad de reconocer y juzgar al otro dentro de la realidad social, jurídica, religiosa, etc., de aquel, y no aplicando la red de valores propios. Sorprende, frente a la manera de actuar de los españoles, la clara visión de Don Carlos con respeto al otro: para él, los “mentirosos” no necesariamente son los frailes que predicán, sino los indios que imitan a los frailes y repiten lo que aquellos enseñan; los frailes, a fin de cuentas, no hacen sino lo que es “su oficio”, es decir, actúan dentro de sus propios parámetros, su propia verdad.

Consciente de que no se puede ni se debe generalizar, y menos a partir de un solo caso, quisiera deslindar sin embargo un primer concepto doble con respeto a la otredad. Para los españoles en este proceso (incluyendo a los españolizados, es decir los indios dogmatizados y puestos a su servicio), el otro no existe sino como

posibilidad de convertirse en lo propio considerado lo verdadero. Para Don Carlos, al contrario, el otro es una entidad completa como tal, puede existir solo, pero hay también la posibilidad de crear alianzas de todo tipo (políticas, económicas), respetando hasta cierto grado las características y diferencias de cada quien. Estudios mucho más amplios no sólo acerca de la conquista, sino también de cambios conceptuales y sociales debidos a conflictos y guerras en las sociedades prehispánicas, podrían deslindar hasta qué punto el carácter de vencedor y vencido respectivamente, influyen en los conceptos mencionados acerca de la otredad.

En nuestro caso, podemos observar por lo menos una actitud diferenciada en el comportamiento hacia el otro, dentro de los mismos indios. Don Carlos considera “mentirosos” a los señores que propagan la fe cristiana e imitan a los frailes, engañando de tal modo a los macehuales. Al llamarlos mentirosos, se refiere a que ellos aún conservan las tradiciones de sus antepasados, a que aún conocen sus raíces culturales e incluso preservan su posición social, de manera que no existe ninguna necesidad para abandonar lo que antes conocían como verdad, es decir lo propio.

¿no te obedecen por ventura los Chiconabtecas, no te temen, no tienes de comer é beber? ¿pues qué más quieres? ¿qué andas buscando? bástete ya lo de hasta aquí, no cures de andar más en estas cosas que enseñas, que nuestros padres dixieron que no era bueno entender en vidas ajenas.⁵²

Reconocer al otro como tal y saberlo diferente a uno mismo, sólo es posible desde la conciencia acerca de la propia identidad, como se observa claramente en el caso de Don Carlos. Este ni pierde su identidad, ni cae al otro extremo de querer convertir al otro en extensión de sí mismo, adoptándolo de tal manera que deja de ser otro, quitándole la identidad al sustituirla por la de sí mismo, como podemos observar en el caso de los españoles (con pocas excepciones) en los años posteriores a la conquista.

La apropiación del otro por parte de los españoles, se pretende en la Nueva España sobre todo a través del cambio de las costumbres en la vida cotidiana, dejando intacto una buena parte

de la estructura social aunque sin su significado cultural y sobre todo religioso; se pretende también a través de la evangelización, por medio de la educación y otorgando una gran importancia a los factores ceremoniales y rituales, es decir, a aquellos elementos que por lo que pueden observar los españoles, de por sí tienen un gran peso en la sociedad prehispánica.

La conquista es, tanto para los españoles como para los indios, el rompimiento absoluto de lo cotidiano, a todos los niveles de la realidad tanto como de la imaginación. Quien logre restablecer un orden de lo cotidiano, fijando las normas y sus símbolos correspondientes para la convivencia, será quien tendrá el poder, lo cual le permitirá formular las condiciones (o jerarquías) de tal convivencia. Al considerar al otro como simple extensión de lo propio, ente prácticamente vacío al que hay que adaptar y recuperar para la verdad cristiana, los españoles desde los conquistadores hasta los frailes, los representantes de la Corona tanto como los clérigos, destruyen la cotidianeidad ajena con el objetivo de establecer la propia. Crean lo que podríamos denominar *cotidianeidad obligada*. Para la gran mayoría de los indios conquistados, esta nueva cotidianeidad es aceptable en la superficie, lo que lleva a los españoles a confiar en su poder sobre grandes masas fácilmente controlables. Insertados en las normas de lo cotidiano, actuando de acuerdo a las simbologías correspondientes (ritos, costumbres), los indios conquistados están al parecer bajo control. Desde el lado de quienes son controlados así por medio de esta cotidianeidad obligada, existen sin embargo diferentes maneras de ver la situación. Hay una mayoría que se someterá y se acostumbrará con el tiempo a las normas nuevas (trabajos forzados, debilidad por enfermedades, etc., son factores que claramente ayudan a “acostumbrar” a esta mayoría a respetar formalmente la nueva cotidianeidad). Pero hay también un alto porcentaje de quienes continúan en secreto aquellas costumbres que más difíciles son de erradicar: las pertenecientes a la vida familiar cuyo papel social es fundamental, y las pertenecientes al campo de lo sagrado, es decir, todo aquello que en la sociedad indígena tiene forma altamente estructurante. Hay, finalmente, aquellos que

consideran la nueva cotidianeidad como imposición, como estado de excepción en lugar de nueva normalidad. Don Carlos, al actuar dentro de su identidad cultural, intenta restablecer lo que él considera vida cotidiana, y atenta de esta manera contra el poder recién establecido por los españoles.



Cotidianeidad y situación excepcional: puntos de vista

El hecho de que la Inquisición juzgue a Don Carlos y, sobre todo, de que los inquisidores enfoquen el proceso a la idolatría, le da un carácter primordialmente religioso. El propio Don Carlos permite con su discurso ver no obstante que la problemática rebasa lo puramente religioso y se extiende a implicaciones sociales y políticas, tanto a nivel conceptual como en sus manifestaciones cotidianas correspondientes. Con respecto a estas últimas, quisiera plantear algunas consideraciones acerca del papel que desempeña Don Carlos en estos momentos de los primeros años de una conquista aparentemente consolidada en el altiplano mexicano. En la conceptualización española, un joven indígena noble, educado en casa de Cortés, debe cumplir con el papel del indio idealizado, evangelizado y plenamente adaptado quien ayudara en la tarea de convertir al cristianismo (y a la sumisión al poder eclesiástico tanto como real de los españoles). Con gente como Don Carlos se podría comprobar de alguna manera que los indios corresponden a la imagen que los españoles tienen, del extremo más positivo, de los pueblos conquistados. Asimismo se podría comprobar que valía la pena proteger hasta cierto punto a los indios, educar a algunos de ellos quienes a su vez se encargarían de continuar la labor educativa (la adaptación) entre los suyos. El ideal consiste en conformar una

sociedad basada en las masas indígenas, bajo la guía espiritual y política, de los españoles. En este concepto, los “salvajes” son vistos como “buenos” hasta el punto de ser idealizados sobre todo por los franciscanos. Sin razón visible alguna, Don Carlos rompe de buenas a primeras esta imagen que se ha forjado alrededor de él como indio ejemplar. Se sale del papel asignado, del “rol” social que debería servir como pilar de la sociedad futura, y pretende volver al papel que con cierta probabilidad él hubiera desempeñado a no ser por la conquista. Don Carlos es suficientemente realista para no pretender que la conquista no hubiera sucedido; pero sí pretende hasta cierto punto posibles remedios de lo acontecido, restableciendo algunas costumbres, modos de vida, relaciones familiares, sociales y políticas aún dentro del Estado español: plantea la posibilidad de cierta autonomía que incluye manifestaciones religiosas, sociales y políticas tradicionales, propias, y sobre todo el reconocimiento de un carácter y una cultura propios.

Se trata de un auténtico acto de rebeldía, aunque no para cambiar normas sociales devenidas obsoletas, sino para impedir que tales normas siquiera se establezcan (ya que él no las reconoce como propias) o, en caso de establecerse, que no se difundan ni sean propagadas entre quienes no pertenezcan al grupo cultural y social de los conquistadores. Aun sin contar la herejía religiosa de la cual se le acusa, Don Carlos es doblemente hereje o disidente: rechaza las normas que los españoles pretenden introducir al formar la (su) nueva sociedad de la posconquista, y se niega continuar cumpliendo un papel que le es asignado dentro de estas normas nuevas. Este hecho se puede analizar claramente desde dos puntos de vista: la rebelión del señor de Tetzco es, para él mismo, un intento de regresar a la cotidianeidad de antes, mientras que para los españoles significa el rompimiento de su nueva y aún muy fragil estabilidad. Esta nueva cotidianeidad, las normas de la posconquista, son considerados por Don Carlos no obstante no como nueva estabilidad (real o pretendida) sino como hecho extraordinario prolongado. Desde el punto de vista

español, la pretendida estabilidad debe convertirse en normas, en costumbres, en cotidianeidad lo cual facilitará y finalmente permitirá la imposición social, política, religiosa y cultural de los conquistadores.

En esta situación de choque, posterior a la conquista militar, cotidianeidad y excepcionalidad, norma y rompimiento, son pues valores meramente condicionados por los conceptos de quien interpreta. La norma del conquistador es estado excepcional para Don Carlos; el regreso a la cotidianeidad de la preconquista de Don Carlos es rompimiento y herejía para las autoridades españolas. Así, la severidad de la condena se puede comprender, no en último lugar, por el hecho de que la cotidianeidad (establecida por los españoles), rota por un acto extraordinario (el discurso de Don Carlos), no puede ser restablecida sino a través de otro acto, aún más extraordinario (el proceso inquisitorial). Ambos actos extraordinarios adquieren, de esta manera, una fuerza simbólica que pretende restablecer un orden, un sistema de normas, una (la) cotidianeidad. Y en última instancia, es el establecimiento de la cotidianeidad o el símbolo lo que crea la norma.

Una pregunta inquietante es la siguiente: ¿qué es lo que permite a Don Carlos rebelarse contra por lo menos veinte años de nuevas normas establecidas, dentro de las cuales incluso fue parcialmente educado, y qué es lo que detiene a la mayoría de los indios en condiciones similares, a hacer lo mismo (aún tomando en cuenta que varios continúan clandestinamente el ejercicio de costumbres propias)? Don Carlos lleva a cabo lo que no pueden hacer los demás: plantear en un discurso, es decir no sólo en la práctica oculta, la posibilidad de una vida social, cultural y política propia, pasando por encima de lo establecido por los conquistadores. Al parecer, la memoria y las primeras impresiones de Don Carlos pesan más que la educación obtenida en el medio de los conquistadores (casa de Cortés, Colegio de Tlatelolco), y podríamos proponer como hipótesis que esto se debe en parte a la orientación de la educación indígena, al preparar a los niños para su papel social dentro de la tradición y la historia del grupo social

y de la familia a la que pertenecen; la fuerza de los recuerdos a lo enseñado por Nezahualcóyotl y Nezahualpilli se intensifica en el caso de Don Carlos por pertenecer no sólo al grupo social, sino directamente a la familia de ambos personajes. La vida cotidiana con sus respectivas normas sociales y culturales (incluyendo las religiosas) está estrechamente ligada a la tradición oral acerca del poder, arraigada profundamente en la historia. Este proceso educativo se interrumpe y es sustituido por otro proceso integrado a lo que conquistadores y frailes pretenden que sea el papel social de los nobles indígenas jóvenes –en el caso de Don Carlos, este papel de ninguna manera puede llegar a tener la misma importancia. No logra, para la nueva cotidianeidad que se le exige, automatizarse lo suficiente para contrarrestar los recuerdos que incluían su posible futuro. Los modelos sociales nuevos no tienen, por su alcance reducido para un indio, la misma fuerza, además de que la seguridad acerca de un futuro que se hubiera basado en la tradición del poder en el que se dio su primera educación, no es suficientemente fuerte dentro del sistema propio quebrado. La rebelión parece ofrecer una salida de esta situación contradictoria y difícil, cuando no imposible, de resolver.

Podríamos pensar en una cierta distorsión entre el pensamiento de Don Carlos que se basa en lo que para él debería seguir siendo la vida cotidiana, y la realidad exterior, lo inmediato de la vivencia de la conquista que impide que este pensamiento sea coherente con una práctica determinada. Quien no se somete como la mayoría de los indios macehuales, que no teorizan acerca de los valores, las normas o su papel en la sociedad, entre otras razones porque no fueron educados para ello, o bien vive en fuertes contradicciones, en la clandestina observancia de antiguas formas y la pretendida cotidianeidad de las nuevas, o bien se rebela como el señor de Tetzco.

La mayor parte de las veces, aunque no siempre, el hombre suele orientarse en un complejo social dado sobre la base de las normas, los estereotipos (y por lo tanto, las ultrageneralizaciones) de su integración primaria (su clase, su capa, su nación).⁵³

Quien por su carácter contradictorio de una realidad interior y otra exterior no logra conformarse (cayendo en el conformismo), tendrá que rebelarse. En este sentido, rebelión es, también, una manifestación del sentirse extraño a la vida cotidiana impuesta, es decir, a normas exteriores que no corresponden a la experiencia y la tradición propias.

Cabe, también, la pregunta acerca de la dureza de la inquisición contra Don Carlos a quien no le pueden comprobar estar involucrado directamente en actos de idolatría o herejía. Podemos pensar que no conciben la posibilidad de que un indio podría tener razones de Estado para oponerse al poder español a veinte años de la conquista; el descubrimiento en estos años de muchos indios de menor importancia que practican idolatría, lleva a los inquisidores a pensar primordialmente en que todo acto de rebelión tiene razones heréticas. Al generalizar algunas observaciones hechas entre los indios, sobre el total del grupo (a partir de lo cual cambiarán en gran medida los proyectos educativos de evangelización con posibles cuadros indígenas), los representantes del poder inquisitorial confirma un juicio previamente establecido por algunos teóricos de la época. Aunque el proceso contra Don Carlos no confirme en su caso particular las herejías descubiertas entre otros indios, el fiscal y posteriormente Zumárraga insistirán en tales “hechos”.

Los juicios provisionales refutados por la ciencia y por una experiencia cuidadosamente analizada, pero que se mantiene inmoviblemente contra todos los argumentos de la razón, son prejuicios.⁵⁴

La propia rigidez de los prejuicios que (al contrario de los juicios con carácter provisional) se mantiene, ayuda a sostener, sobre todo en la vida cotidiana, una cierta estabilidad al consolidar a través de normas la integración social. La creencia en prejuicios protege al hombre de los efectos directos de conflictos sociales fuertes, ya que la misma rigidez los mantiene bajo control de fuerza. En su función social,

*... todo prejuicio impide la autonomía del hombre, esto es, disminuye su libertad relativa respecto del acto de elección, al deformar y consiguientemente, estrechar la alternativa real del individuo.*⁵⁵

Pero no sólo Zumárraga actúa de esta manera en contra de Don Carlos, sino que se trata de un fenómeno que se puede observar durante la conquista y sobre todo los primeros años posteriores a ella. Al llegar físicamente al mundo recién “descubierto”, los conquistadores y sus soldados ven ante ellos toda una serie de nuevas posibilidades para romper con lo tradicional, para enfrentarse a algo que queda totalmente fuera de su cotidianeidad. En algunos, los prejuicios que les dan seguridad en el trato social, son lo suficientemente fuertes para frenar las consecuencias de esta autonomía insospechada, y ellos encuentran, “descubren” lo que ya existía previamente en su cabeza. Adaptan el nuevo mundo a los cánones preexistentes, buscan El Dorado y encuentran en los indios la tribu perdida de Israel. En otros, los frenos de los prejuicios no son tan fuertes, y a ellos habrá que detenerlos por medio del aparato eclesiástico o la Corona, a través de la burocracia que pronto se establecerá para sustituir a los conquistadores que pretenden disfrutar y realizar una peligrosa autonomía.

Nuevamente, desde el punto de vista de Don Carlos, el cuadro se ve distinto, no sólo por la diferencia de lo que se considere cotidianeidad y estado excepcional, o en cuanto al papel social que Don Carlos debe desempeñar. La rebeldía individual del señor de Tetzco es una (*su*) forma de ingresar en la historia entendida en la tradición de los *tecuhitli*. El concepto de *tlatoani* le permitiría aceptar la derrota y ser sometido a formar parte de unas de las alianzas, obligadas o deseadas, que se dan en las guerras y conquistas, y seguir siendo al mismo tiempo “noble” de su propio grupo, aunque bajo el mando y dominio del vencedor, en este caso de los conquistadores españoles. La tradición de los *tecuhitli*, no obstante, insiste más en la autonomía de las diferencias. El hecho de que Don Carlos no permanezca conforme con la nueva cotidianeidad obligada, ni se deje adormecer por prejuicios que le facilitarían la sumisión para él y los suyos, significa que sea capaz de reconocer el conflicto y que esté dispuesto a vivirlo con todas sus consecuencias.

[como] rebelión de las sanas aspiraciones humanas contra el conformismo [el conflicto] es una insurrección moral consciente o inconsciente.⁵⁶

Los conflictos así manejados por una y otra parte, antes del proceso y durante el mismo, claramente no son conflictos cotidianos, aunque sí se manifiesten primero a este nivel (lo cual no les resta de ninguna manera importancia). Son conflictos que señalan las profundas diferencias en las vivencias, en la experimentación de la cultura, tanto la propia como la ajena. Detrás de la cotidianeidad queda la conciencia acerca de lo propio enfrentado a lo otro. Lo otro empieza a ser problemático desde el momento en que cuestiona lo propio. Lo que revela el caso concreto del proceso contra Don Carlos, tanto a nivel religioso como político, es lo otro que amenaza con aniquilar lo propio. Visto por los indios, esta preocupación es extremadamente viva durante la conquista y los años posteriores; los españoles, por otra parte, no se verán seriamente amenazados de perder lo propio de manera violenta, aunque el cuestionamiento de su “verdadero” concepto del mundo y la conciencia de lo que es lo propio, se ven fuertemente alterados. La imposición de los españoles en la Nueva España es tanto más violenta cuanto sienten desvanecer la “verdad” de lo que Europa había considerado como único mundo verdadero y cierto. Al mismo tiempo, sin embargo, se inicia un proceso de adaptación paulatina a aquellos mundos nuevos que no logran descubrir bien, pero cuya realidad es innegable.

Notas

¹ *Proceso Criminal del Santo Oficio de la Inquisición y del Fiscal en su Nombre contra Don Carlos Indio Principal de Tezcucó*, Guadalajara, Aviña Nevy Ed., 1968, 89 p. (Facsimil de la Edición de 1910).

² García Icazbalceta, *Don Fray Juan de Zumárraga*, p. 150, cit. en *Proceso Criminal. . .*, *op. cit.*, p. XI.

³ “. . . existe una cédula de 15 de Octubre de 1538, en que se mandaba que en los delitos de fe de los indios fuera juez el Ordinario; pero de todos modos la prohibición quedó incluida en la Ley 35, tit. 1o, lib. VI de la *Recopilación de Indias*”. Cit. en *Proceso Criminal. . .*, *op. cit.*, p. XIII, nota 2. José Luis Soberanes Fernández, *Los tribunales de la Nueva España*, México, UNAM, 1980, explica que los tribunales ordinarios eran aquellos que no tenían funciones especiales o de fuero. “Tentativamente, podemos apuntar que los tribunales especiales en el México Colonial eran los de: Minería, Protomedicato, de la Real Hacienda y de la Universidad.” (p. 9).

⁴ *Proceso Criminal. . .*, *op. cit.*, p. X.

⁵ *Ibid.*, p. XIV.

⁶ *Ibid.*, p. 43.

⁷ José Luis Soberanes Fernández, *op. cit.*, pp. 227-228.

⁸ *Proceso de indios idólatras y hechiceros*, Publicaciones de Archivo General de la Nación, III, México, 1912.

⁹ Vicente Riva Palacio, *México a través de los siglos*, México, Ed. Cumbre, 11a. ed., 1974, t. II, p. 410.

¹⁰ Antonio Garrido Aranda, *Moriscos e indios. Precedentes hispánicos de la evangelización en México*, México, UNAM, 1980. Véase pp. 55 ss.

¹¹ *Ibid.*, p. 55.

¹² Véase *Coloquios y Doctrina Cristiana. Los diálogos de 1524*. Ed. facsimilar, Introducción, paleografía, versión del náhuatl y notas de Miguel León-Portilla, México, UNAM, 1986. Siendo el único documento y además incompleto, nos proporciona poca información concreta al respecto.

¹³ *Proceso Criminal. . .*, *op. cit.*, p. 55.

¹⁴ *Ibid.*, p. 37.

¹⁵ Alonso de Zurita, *Breve y sumaria relación de los señores de la Nueva España*, México, UNAM, 1963, p. 13.

¹⁶ *Proceso Criminal. . .*, *op. cit.*, p. 35.

¹⁷ *Ibid.*, p. 43.

¹⁸ *Ibid.*, p. 47.

¹⁹ *Loc. cit.*

²⁰ *Ibid.*, p. 52.

²¹ *Ibid.*, p. X, nota 1.

²² Alfredo López Austin, “Organización política en el altiplano central de México durante el posclásico”, en Jesús Monjarás-Ruiz, Rosa Brambila, Emma Pérez-Rocha (recops.), *Mesoamérica y el centro de México*, México, INAH, 1985, p. 230. (El artículo fue publicado originalmente en 1974, la Addenda se hizo para la edición citada, pp. 232-234).

²³ *Ibid.*, pp. 233-234.

²⁴ *Proceso Criminal. . .*, *op. cit.*, p. 52.

²⁵ *Ibid.*, p. 38.

²⁶ Véase bibliografía especial acerca del tema.

²⁷ *Proceso Criminal. . .*, *op. cit.*, p. 43.

²⁸ *Ibid.*, p. 46

²⁹ *Ibid.*, p. 52.

³⁰ *Ibid.*, p. 41.

³¹ *Ibid.*, p. 2.

³² *Ibid.*, p. 42.

³³ *Ibid.*, p. 46.

³⁴ Alfredo López Austin, *op. cit.*, pp. 233-234.

³⁵ *Proceso Criminal. . .*, *op. cit.*, p. 42.

³⁶ *Ibid.*, p. 41.

³⁷ *Ibid.*, p. 45.

³⁸ *Ibid.*, p. 40.

³⁹ *Ibid.*, p. 42.

⁴⁰ Alfredo López Austin, *op. cit.*, p. 220.

⁴¹ *Proceso Criminal. . .*, *op. cit.*, p. 46.

⁴² Tzvetan Todorov, *Die Eroberung Amerikas. Das Problem des Andern*, Frankfurt, Suhrkamp, 1986. Cf. p. 230.

⁴³ Cabe recordar en este contexto el uso frecuente de las partes de construcciones rituales y de ídolos antiguos, en la construcción de casas tanto como de iglesias de españoles, y de la continuación del carácter simbólico y sagrado de las supuestas "piedras"; al respecto, véase Anita Brenner, *Los ídolos detrás de los altares*, México, FCE, 19.

⁴⁴ *Proceso Criminal. . .*, *op. cit.*, p. 18.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 20.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 18.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 17.

⁴⁸ *Ibid.*, pp. 16-17.

⁴⁹ Hay que mencionar que aparte de Don Carlos, quien es considerado señor de Tetzco, existe también un gobernador, indio, que es puesto por los españoles y quien en el proceso testifica como los demás principales de los pueblos aledaños en contra de Don Carlos, al relatar el contenido de su discurso, y al participar en la búsqueda de ídolos y posibles sacrificios.

⁵⁰ *Proceso Criminal. . .*, *op. cit.*, p. 2.

⁵¹ Menciono esta posición, una de las más extremas sostenidas durante los primeros años posteriores a la conquista, para señalar hasta donde puede llevar en la realidad jurídica el no reconocer la existencia de valores propios de una sociedad ajena, extraña, desconocida e incomprensible.

⁵² *Proceso Criminal. . .*, *op. cit.*, p. 46.

⁵³ Agnes Heller, *Historia y vida cotidiana. Aportación a la sociología socialista*, México, Grijalbo, 1985 (1970), pp. 74-75.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 76.

⁵⁵ *Ibid.*, pp. 91-92.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 134.

Bibliografía

- Coloquios y doctrina cristiana. Los diálogos de 1524*. Ed. facsimilar. Introducción, paleografía, versión del náhuatl y notas de Miguel León-Portilla. México, UNAM, 1986.
- Garrido Aranda, Antonio. *Moriscos e indios. Precedentes hispánicos de la evangelización en México*. México, UNAM, 1980.
- Heller, Agnes. *Historia y vida cotidiana. Aportación a la sociología socialista*. México, Grijalbo, 1985 (1970).
- López Austin, Alfredo. "Organización política en el altiplano central de México durante el posclásico", en Jesús Monjarás-Ruiz, Rosa Brambila *et al.* (recops). *Mesoamérica y el centro de México*. México, INAH, 1985.
- Proceso Criminal del Santo Oficio de la Inquisición y del Fiscal en su Nombre contra Don Carlos Indio Principal de Texcuco*. Guadalajara, Aviña Nevy Ed., 1968 (Facsimil de la edición de 1910).
- Proceso de indios idólatras y hechiceros*. Publicaciones del Archivo General de la Nación III, México, 1912.
- Riva Palacio, Vicente. *México a través de los siglos*. México, Ed. Cumbre, 11a. ed., 1974. T. II.
- Soberanes Fernández, José Luis. *Los tribunales de la Nueva España*. México, UNAM, 1980.
- Todorov, Tzvetan. *Die Eroberung Amerikas. Das Problem des Andern*. Frankfurt, Suhrkamp, 1986. (Hay trad. al español, México, Siglo XXI, 1988.)
- Zurita, Alonso de. *Breve y sumaria relación de los señores de la Nueva España*. México, UNAM, 1963.